

EL REINO DEL SILENCIO ABSOLUTO Y OTROS CUENTOS



MARGA LÓPEZ

VICENTE COVES MORA

MÓNICA ÁLVAREZ CARREÑO

MARÍA JOSÉ PEÑALVER PUERTA

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ MELGARES

MARÍA AMPARO FERNÁNDEZ DARÒS



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

EL REINO DEL SILENCIO ABSOLUTO

Y OTROS CUENTOS

MARGA LÓPEZ
VICENTE COVES MORA
MÓNICA ÁLVAREZ CARREÑO
MARÍA JOSÉ PEÑALVER PUERTA
JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ MELGARES
MARÍA AMPARO FERNÁNDEZ DARÒS

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2026

Edición: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El reino del silencio absoluto y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2025

C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)

Teléfono: +34 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 979-13-991314-3-7

Depósito legal: MU 474-2026

Impreso en España/Printed in Spain

EL REINO DEL SILENCIO ABSOLUTO MARGA LÓPEZ	9
TODO PUEDE SER VICENTE COVES MORA	15
EL SECRETO DE ROSITA MÓNICA ÁLVAREZ CARREÑO	23
EL NIÑO QUE QUERÍA VOLAR MARÍA JOSÉ PEÑALVER PUERTA	33
DOS HERMANOS JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ MELGARES	39
LAS GAFAS MARÍA AMPARO FERNÁNDEZ DARÒS	47
«AHORA TE TOCA A TI»	51
«ÉRASE TU VEZ»	59
ANEXO 1	67
ANEXO 2	73
ANEXO 3	77

PRÓLOGO

Contar cuentos es, quizá, el acto más antiguo que define al ser humano. El lenguaje propició que la imaginación —las imágenes que se creaban cuando el humano se embelesaba—, tuviera una salida al exterior. El arte lo imprimió en las rocas de las cuevas más profundas, era el momento del encuentro con la esencia del ser humano. Contar, cantar, pintar, bailar... palabras que nos definen y que la evolución no ha conseguido desgastar; ha modificado escenarios, pero no actitudes ante el encuentro con el Misterio. Miles y miles de años después el ritual sigue vivo.

Los días 14 y 15 de marzo de 2026, en la Casa de la Piedra de Murcia, volvió a ocurrir el milagro de la creación. Un grupo de personas se reunieron sin más objetivo que jugar con las palabras para dejar que fluyeran los cuentos que se crean en el instante en que no se piensa. Cuando apartas la mente censora, la que juzga para no ceder el mando, aparece la creatividad sagrada, esa que se consigue jugando. Y fluyen los cuentos. Luego se pulen y se les da esplendor, para que no se queje la Academia, y los lanzamos al mundo con este libro que tienes en las manos. Ahora viajarán por la imaginación de quien los lea y crearán ondas concéntricas con nuevas imágenes y así hasta el infinito. Es bello el proceso, es necesario y es sanador.

Marga López, Vicente Coves Mora, Mónica Álvarez Carreño, María José Peñalver Puerta, José Antonio Martínez Melgares y María Amparo Fernández Daròs, han escrito los cuentos de este volumen vigésimo segundo de la Biblioteca de Cuentos Maravillosos. Una biblioteca que va creciendo poco a poco, a ritmo de cuento, con pertinaz presencia. Abramos la puerta a lo Imaginal y disfrutemos con sus vuelos.

A mi hija Mai

EL REINO DEL SILENCIO ABSOLUTO

MARGA LÓPEZ

Había una vez una princesa que vivía en el reino del Silencio Absoluto. En este lugar, el aire olía a flores de invierno y todo lo que caía lo hacía lentamente para no hacer ruido al llegar al suelo.

En el castillo del reino, en lo alto de su torre, la princesa que lo habitaba tejía día tras día una tela en la que iba entrelazando todas aquellas palabras que pensaba, pero que nunca decía.

Con calma y sin prisa por llegar a ningún sitio, la princesa cosía: árbol, flor, piña, hoja, ventana, sol, nube, cometa, lluvia...

Pero un día, mientras tejía palabras una tras otra: mar, arena, algas, espuma, viento..., una palabra inesperada apareció:

BÚSCAME

Sobresaltada al verla prendida en la tela, la princesa fue corriendo a pedir consejo al Maestro del Tiempo, un sabio anciano que vivía en una cueva en la montaña. Tras un largo viaje, llegó por fin a la cueva y le mostró al Maestro la tela con la palabra inesperada entretejida, y este, tras observar con detenimiento el paño del derecho y del revés, con gesto vehemente le prescribió:

Dar tres vueltas alrededor del bosque mientras comía manzanas, una por cada vuelta.

La princesa así lo hizo y volvió al castillo para continuar con su labor: salón, cocina, hoguera, leña, sábana, lámpara, mesa, sombrero...

VEN A POR MÍ

De nuevo, interrumpió de golpe su tarea, y fue entonces a consultar a la Hechicera Antigua, que vivía en una vieja cabaña a varios días de allí. Cuando llegó, mostró a la Hechicera la tela con la frase entrelazada, y esta, tras un examen minucioso de la misma, con agilidad y destreza, seleccionó varios frascos pequeños de una vitrina que ocupaba por completo una de las paredes de la cabaña, y con ellos, preparó un brebaje de color verde parduzco. La Hechicera indicó a la princesa que debía beber tres grandes sorbos del brebaje y después, volver a su castillo caminando hacia atrás.

La princesa así lo hizo, y al llegar a lo alto de la torre, retomó de nuevo su tarea, pero nada más empezar a coser, tejió:

TE ESPERO

Como golpeada por un rayo, dejó la labor a un lado y salió corriendo del castillo adentrándose en el bosque. Allí caminó sin rumbo hasta que, a lo lejos, divisó un claro en el que había un pozo justo en el centro. Al llegar al claro vio que sentado en el muro del pozo, se encontraba un duende de color anaranjado con los pies muy grandes que balanceaba sus piernas en el aire mientras jugueteara con sus manos.

Al ver a la princesa, el duende saltó al suelo, produciendo un fuerte estruendo con sus enormes pies, y se presentó a voz en grito:

—Soy el Duende Chillón. Y tú, ¿quién eres?

La princesa, aturdida por el ruido y sin poder responder, comenzó a llorar.

El duende, al ver en ese estado a la princesa, trató de calmarla, y haciendo un gran esfuerzo, se acercó a ella con suavidad y le habló como en un susurro:

—Mira, este es un pozo mágico. De él sale justo lo que necesitas, sea lo que sea. ¿Te gustaría probar?

La princesa asintió y lentamente empezó a tirar de la cuerda haciendo subir el cubo poco a poco desde la profundidad del pozo. Cuando finalmente el cubo salió a la superficie, la princesa se asomó, y en su fondo vio una madeja de hilo rojo brillante.

Tomó el hilo suavemente entre sus manos, como un delicado tesoro, y tras esto, lo meció cerca de su cuerpo, que recuperó la calma al instante. Entonces, una bella melodía empezó a crecer dentro de ella, así que la dejó salir:

Tra, la la la, la, la...

El duende, contagiado por la alegría de la princesa, acompañó la dulce melodía dando palmadas y saltos interpretando una alegre danza alrededor del pozo.

Sin dejar de cantar, la princesa se despidió del duende agitando una mano en el aire y regresó a lo alto de su castillo. Una vez allí, retomó su labor utilizando para tejer su nuevo hilo rojo, buscado y encontrado.

Y desde ese momento, el silencio de su reino se transformó en palabras que contaban historias maravillosas que nunca la dejaron de sorprender.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

TODO PUEDE SER

VICENTE COVES MORA

Había una vez un búho que quería descubrir los misterios de la noche y también disfrutar de la luminosidad del día. Se podría decir que era un búho pretencioso pero algo perezoso, porque, además, le gustaba mucho dormir, casi tanto como soñar. Así las cosas, sentía que le faltaba tiempo para todo.

De pronto, una noche como otra cualquiera, o quizá no, se encontró con una peculiar colibrí que llamó su atención.

—¿Cómo tú por aquí? —la abordó el búho.

—Pues mira, una ya no sabe cuándo es de noche y cuándo es de día. Acaso no haya tanta diferencia entre ambas, aunque la gente las tenga por contrarias.

Aquella respuesta intrigó enormemente al búho. ¿Cómo iban a ser parecidas la noche y el día, si precisamente son dos realidades consideradas opuestas entre sí? No tenía sentido. Y sin embargo, el búho trataba de entender ese planteamiento paradójico tan misterioso, como si la colibrí fuera conocedora de una realidad arcana e inexplorada aún para él.

—A veces, ni yo misma sé lo que quiero decir. Pero hay una fuerza que me lleva a expresarlo.

—¿Insinúas que no eres dueña de tus palabras, que hay otro ser dentro de ti que te dicta lo que decir?

—Mmm... Puede que sea algo así. No sabría explicarte. Por ejemplo, si tú y yo nos conociéramos más, yo creo que podría ser tú en algunos momentos. Me ha pasado con otras criaturas.

—¡Qué cosa tan rara! ¿No será una broma? ¿Acaso te ha lanzado un hechizo alguna bruja de los bosques? Porque, ¿no serás tú una bruja disfrazada de colibrí, verdad?

—Quién sabe —dijo la colibrí, entre divertida y enigmática, tras lo cual sugirió—. Todo puede ser.

«Todo puede ser». Aquella frase resonó con fuerza en la mente del búho. Lo cierto es que había algo de encantamiento oscuro y brujeril en esa colibrí. Pues, sin saber cómo, el búho tuvo la estrambótica idea de que ella podría ayudarlo en su ardua misión, al tiempo que le divertía y le hacía olvidar que esa misión tuviera que ser necesariamente ardua.

Ambos se despidieron con la disposición a encontrarse de nuevo en algún lugar del bosque. Aquella noche el búho regresó a su guarida con una sensación de extrañeza y ligereza. En su sueño apareció la colibrí transformándose una y otra vez en distintas criaturas, en un ciclo continuo de metamorfosis que le impedía adoptar una identidad fija. Unas veces era rana; otras, escorpión; otras, pantera... Al despertar, pensó el búho, aún dándole vueltas al contenido del sueño, el animal que mejor habría representado a la colibrí era el camaleón, aunque no llegó a identificarla con dicho animal en ningún momento del sueño.

En otro de sus paseos nocturnos, el búho se encontró de nuevo con la colibrí. Sin pensarlo dos veces, se aproximó a ella con ánimo juguetón.

—Creo que ya sé en qué consisten tus poderes.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Pues que he soñado sobre lo que me contaste, lo de que te transformas en otras criaturas con cierta frecuencia.

—Vaya, sí que es una sorpresa... Tal vez tú también tengas

poderes especiales para conectar con la fuente y captar mensajes a través de los sueños.

—Tal vez. Me gusta mucho soñar. Pero los sueños, sueños son. A lo mejor debemos seguir conociéndonos para poder intercambiar nuestros poderes. Por cierto, ¿no te ha ocurrido conmigo esta vez?

—De momento, no. Tiempo al tiempo. No es algo que suceda al instante.

—¿Qué te parece si volamos hacia el jardín laberíntico de los montes lejanos?

—Buena idea, es un lugar apartado del que guardo buenos recuerdos y me da paz.

Las dos aves surcaron el cielo y aterrizaron en la puerta de entrada del laberinto. Recorrieron juntos los estrechos pasadizos hasta encontrar un rincón apacible en el que posarse. Después de todo, no era uno de esos laberintos diseñados para recorrerlo hasta encontrar la salida. Más bien, era un lugar que invitaba a habitarlo como se habita un misterio: adentrándote en él sin saber qué encontrarás en su interior. Una vez se detuvieron a descansar, comenzó el intercambio de confidencias.

—Siempre me he sentido diferente a las aves de mi alrededor —comenzó la colibrí—. Todo el mundo parece tener muy claro quién es y estar muy seguro de lo que dice. En cambio, yo hablo desde la duda, desde un vacío que no he logrado llenar dentro de mí.

—Vaya, así que hay un vacío por ahí dentro...

—Sí... En el fondo, siento que he sido un poco como un saltamontes, brincando de aquí para allá y mimetizándome con quienes iba encontrándome por el camino, pero sin poder adoptar una forma de ser propia.

—Bueno, entonces se podría decir que has sido un saltamontes un tanto camaleónico. En mi caso, coincidí contigo en lo

de sentirme diferente. Mientras otros disfrutaban jugando a la luz del día, yo me dedicaba a recorrer cuevas oscuras con pasadizos laberínticos para ver qué había al final de la oscuridad. Tal vez, por eso te he sugerido venir a este lugar. Siento que dentro de mí hay un laberinto sin salida...

En ese momento, ambos se miraron con la ternura de quien siente que comprende la vulnerabilidad del otro, a la vez que se siente seguro compartiendo la propia vulnerabilidad. El búho se acercó con sus alas desplegadas y los dos se fundieron en un cálido abrazo en el que el tiempo pareció detenerse.

A partir de ese momento, el búho sintió que en su laberinto interior había un espacio reservado para la colibrí, donde poder detener la búsqueda y descansar. También trató de recorrer los lugares que solía frecuentar su amiga, con tal de experimentar por sí mismo lo que ella pudo haber experimentado, aun sin que le sirviera para llenar su vacío de algún modo.

Entonces, mágicamente, el búho se percató de que algo estaba cambiando en su interior: era capaz de transformarse en distintos personajes, de mimetizarse con el espíritu de quienes veía a su alrededor. El hechizo mágico de su amiga había obrado también sobre él, soltando su efecto y permitiéndole acariciar otras realidades existenciales, más allá de la única que le era propia, la del oscuro laberinto sin final. Además, descubrió asombrado que podía habitar el frío y oscuro vacío que existía en el interior de su querida colibrí. ¡Qué desolación! ¡Qué lúgubre y tenebroso era aquel lugar!

Cuando quiso demostrárselo a su amiga, ella no le creyó. No pensaba que nadie fuera capaz de usar sus mismos poderes, y mucho menos de soportar el frío y la oscuridad de su propio vacío, ese que ni ella misma se atrevía a habitar del todo. La insistencia del búho por hacérselo ver resultó fatal. Pues la colibrí se asustó tanto de lo que veía que huyó despavorida. Esa no era ella. Ella

era todos los personajes que la habían acompañado en sus múltiples transformaciones, pero no eso, esa oscuridad atroz... O tal vez sí. Tal vez se había estado negando explorar un territorio que no asumía como propio, por lo que se había autoimpuesto una condena al exilio de sí misma. Los personajes en los que se convertía no eran más que refugios temporales y evanescentes al servicio de la evasión, o bien reflejos de esa oscuridad que tan solo insinuaban el abismo.

El búho no comprendía. Él había sido honesto con ella y le había mostrado con orgullo sus poderes y lo que, gracias a estos, pudo captar sobre ella. Pero a veces los corazones no soportan demasiada realidad. Al del búho le resultó muy difícil soportar que su amiga se fuera y estuvo cerca de explotar. Sin embargo, albergó consigo una pequeña esperanza, la de que la colibrí lograra al fin transformarse en el búho para poder entenderlo y llegar a perdonarlo algún día. Mientras ese día llega o no, al búho no le queda más que aceptar el consuelo de las sabias palabras que una vez oyó decir a la colibrí, quizá procedentes de ese abismo, que cada vez parecía menos oscuro y más bello:

Todo puede ser.

EL SECRETO DE ROSITA

MÓNICA ÁLVAREZ CARREÑO

Hace mucho tiempo, en un país ya olvidado escondido entre montañas y valles, donde los árboles eran tan altos que casi no se veía el cielo, existía un pueblo pequeño de casas negras y blancas con techos altos de pizarra y puertas de madera grandes y antiguas que chirriaban al abrirlas y daban mucho respeto, casi como el que se le tiene a los muertos. El pueblo se llamaba Haimnasé.

Había en Haimnasé una casa muy particular. Tenía tejas de adobe en vez de pizarra, estuco rosado en las paredes en vez del característico blanco o negro y el jardín tenía plantas por todos lados, limoneros y jazmineros, y esterillas para que se recostara el perro y los gatos que vivían allí. Pero sobre todo era diferente por quién habitaba la casa. Allí vivía Rosita, una mujer ya entrada en años con el pelo canoso de melena corta que a veces se lo recogía con una goma que solía llevar en la muñeca. Le acompañaban su perro Truco, pequeño y revoltoso con ojos color miel y sus dos gatas, Tash, blanca y negra que le hacía reír mucho y Bolita, una gata pequeña que bailaba sobre sus patas traseras cuando le ponía de comer.

Rosita era la doctora del pueblo y tenía la consulta en una de las habitaciones de la casa. Era una mujer en apariencia tranquila que cuando iba al mercado a comprar saludaba cortésmente a

todo el mundo y tenía pequeñas conversaciones aquí y allá, siempre con palabras amables y alguna sonrisa y cuando terminaba sus compras volvía de nuevo a su casa solitaria por el camino de la montaña.

Nadie sabía su secreto. Nadie en realidad sabía nada. Y es que Rosita tenía bajo su casa un tesoro inimaginable, un túnel que la llevaba a un mundo maravilloso. Se accedía por la despensa de la cocina. Entre los botes de tomate y cartones de leche estratégicamente dispuestos había una manivela que al girarla se abría una puerta. Rosita tenía que agacharse, casi arrastrarse un poco. El inicio era oscuro y angosto pero rápidamente pasaba a una antesala donde se veían, al fondo, unas cortinas grandes y pesadas. Eran como el telón de un teatro importante, rojo oscuro, elegante, de terciopelo gastado. Rosita se acercaba siempre despacio, con mucho respeto y humildad. A veces entonaba una canción, casi susurrando y tocaba las cortinas suavemente, como si acariciara el bracito de un bebé, con mucho amor, y estas se abrían, dando paso a un mundo increíble con seres maravillosos que solo Rosita conocía.

A Rosita siempre le sorprendía la gran cantidad de luz que entraba, con muchos colores que se movían velozmente de un lugar a otro, sin rumbo aparente y unas aureolas negras que pasaban rápidamente guiadas por estelas rosas y verdes.

Era un Universo totalmente distinto al mundo humano conocido, con seres diferentes, pero Rosita tenía el don de comunicarse con ellos. Eran seres de luz que se distinguían por sus alas y aureolas de colores, con músicas nuevas que los acompañaban en sus andanzas con colores y olores nunca vistos ni oídos. Entre ellos se comunicaban por signos y, a veces, solo con la mirada ya se entendían. Tenían conocimientos milenarios sobre plantas, tierras raras, sonidos y luces que ningún ser del Planeta Tierra conocía. Este mundo se llamaba Luzbell.

Para Rosita era una bendición ya que como doctora podía absorber nuevos conocimientos y acceder a novedosos tratamientos de curación que no existían en el mundo de los humanos.

Había trabajado con los mejores maestros y brujas buenas de sanación, con experiencia en hierbas y conocedoras de toda clase de ungüentos. Había estudiado los manuscritos médicos más importantes, incluidos los prohibidos y los que estaban escritos en lenguas que ya no existían. Aun así los conocimientos sobre salud en Luzbell eran mucho mayores y en la Tierra no se podía acceder a esta información.

Rosita debía ser muy cuidadosa y guardar el secreto de Luzbell. Vivía en unos tiempos que no sabía a qué atenerse, el mundo estaba en un momento complicado y había gente por ahí haciendo barbaridades. Sin ir más lejos en el pueblo de Rosita había un grupito de personas que cuando se juntaban eran capaces de las más viles fechorías y solo pensaban en fastidiar a los demás. Se rumoreaba en el pueblo que eran seres de malas artes y era mejor tenerlos lejos. Su maestro Luis siempre le decía: Rosita tú con gente que te sume y no que te reste.

En Luzbell Rosita tenía una amiga que se llamaba Márgola, un ser alado, risueña, con la melena rosa al viento y siempre acompañada por una aureola de luz brillante allá donde iba. Márgola era una eminencia en mezclar hierbas, piedras preciosas y tierras raras, consiguiendo unas fórmulas increíbles. Por ejemplo, hacía una mezcla con la Rosa de los Alces que crecía en las aureolas blancas y las Nubes de Plata que parecía una pasta cremosa y al aplicarla sobre brazos o piernas cansadas se recuperaban con una velocidad pasmosa.

Márgola tenía una voz tan vibrante que cuando entonaba alguna melodía de los viejos tiempos de Luzbell, todo se transformaba a su alrededor. Rosita al escucharla sentía que todas sus células se alineaban y cantaban con ella. Márgola le enseñaba ese canto para que pudiera usarlo en sus consultas.

Entre las dos habían conseguido prensar las vibraciones de su canto con el agua de los riachuelos y crear ungüentos de diferentes colores que usaba Rosita para mitigar los dolores de cabeza, la tristeza, el duelo o la rabia y, en general, para todos los dolores del alma, tan frecuentes en esa época debido a la oscuridad reinante que asolaba el planeta.

Sí, era una época de oscuridad. En la Comarca del Gran Reino, donde pertenecía Haimnasé, se había iniciado un conflicto que duraba ya varios años y había llevado a toda la zona y después a todo el planeta a vivir en una penumbra continua, donde no había sol ni luna, donde todo era gris y el canto más alegre era el canto de las ánimas del camposanto.

Rosita estaba muy preocupada y luchaba con todas sus fuerzas para que esta época llegara a su fin y su comarca y el mundo entero pudieran volver a su estado primitivo donde el sol salía por las mañanas y la luna por la noche, y donde la gente cantaba y bailaba en las fiestas del pueblo y cuando le venía en gana.

El Mago del Planeta Oscuro 4 estaba muy enfadado y muy harto de las matanzas interminables entre los seres humanos. Las guerras parecían no tener fin entre las diferentes comarcas: para obtener más tierras, más pueblos, más riquezas, más poder. El Planeta Tierra se estaba destruyendo sistemáticamente. El Mago había lanzado un maleficio-conjuro sobre la Tierra. Sólo cuando pararan las guerras y los seres humanos se comunicaran en paz volvería de nuevo la luz al Planeta, con sus risas y sus llantos y todas las cosas que contiene la vida.

Rosita y Márgola urdían un plan. Buscaban la forma de deshacer el maleficio-conjuro y para ello los humanos tenían que parar con sus guerras y sus matanzas.

Con ayuda de todos los seres de Luzbell se habían organizado cientos de equipos diferentes para ayudar de diversas formas al

Planeta Tierra a salir del atolladero. Estudiaban las artes del mago del Planeta 4 para crear un anti conjuro y neutralizar el maleficio.

Por su parte Rosita y Márgola construían toda suerte de aparatos e inventaban sortilegios y pócimas para contrarrestar el poder del Mago y ofrecer a los humanos la paz tan necesaria para salir de la esclavitud del gris uniforme que lo cubría todo como un manto mortífero.

Machacaban piedras preciosas, molían tierras raras que caían de otros planetas a unos sacos especiales dispuestos para la ocasión que luego destilaban y así conseguían gotas de colores imposibles. Cantaban de día y de noche emitiendo sonidos nunca oídos con vibraciones tan sutiles que solo el hecho de escucharlos te inundaban de luz y solo querías gritar de alegría.

Danzaban creando círculos etéreos como nenúfares de cristal que al verlos te reflejabas y bailabas a su son.

Rosita había hecho pruebas con la gente de Haimnasé. Incluso había ido mas allá de la comarca con las botellitas de ungüentos rellenas de vibraciones y otras cosas, pero nada era suficiente para restaurar la concordia en el Planeta y restaurar el hechizo de penumbra reinante.

Estaban exhaustas, Rosita trabajaba de día en su consulta haciendo lo que podía para ayudar a las gentes el pueblo y por la noche se iba a Luzbell a trabajar incansablemente con Márgola.

Y de repente, cuando estaba a punto de rendirse tuvo una idea. Había que crear un conjuro muy simple pero muy poderoso que salvara al Planeta de la hecatombe. Un conjuro de solamente una o dos palabras que contuviera todo el saber y todo el amor habido y por haber, de aquí a la eternidad, que al pasarlo de una persona a otra fuera corriendo como la pólvora y en forma de susurro calara en lo más hondo del ser humano disipando toda su rabia y su ira, su ignorancia y su avaricia. La compasión y la tolerancia sería el arma reinante y el maleficio proveniente del Planeta Oscuro desaparecería.

Márgola estaba perdida y confusa, le parecía una idea fantástica pero no tenía ni idea de cómo podían hacer eso, ¿cómo contener toda la sabiduría del mundo en una o dos palabras?

Tenían que pedir ayuda a las Altas Eminencias de Luzbell. Seres mágicos que ocupaban las máximas esferas de todo aquello conocido y por conocer que contenían todo el saber del Universo y más allá. Pero había dos condiciones para acceder a ellas. Una, solo accedían a hablar contigo si tu petición era para ayudar a un numero ilimitado de personas. Dos, tenías que contarles algo que les hiciera reír. Esto último era lo más difícil. Porque no valían las bromas rápidas ni los chistes baratos, tenía que ser una historia divertida, contada con humor.

Márgola no sabía ningún chiste y Rosita estaba demasiado ocupada en salvar al mundo como para acordarse de alguna historia divertida o reírse de algo gracioso.

Una noche en su casa y al calor de la lumbre Rosita miraba distraída al infinito con la mente en blanco pensando en la nada. Sus compañeras gatas dormían a ambos lados de su mecedora y Truco dormitaba con un ojo abierto a sus pies.

Se levantó para hacerse un café y sin darse cuenta pisó un muñeco del perro, un dragón verde horrible con un sonido de sirena espantoso.

En un micro segundo Tash, la gata grande de ojos amarillos, pegó un respingo y se encaramó con una pata al sofá y la otra pata enganchada al pantalón de pijama de Rosita que se rasgó de parte a parte dejándola con el culo al aire, ¡y con el frío que hacía! Bolita, la gata pequeña, por su parte se subió de un salto encima de Truco que aullaba conforme bolita le clavaba las uñas en el lomo... Rosita intentaba andar con pasos cortos y patosos, parecía una zombi entre los muertos. Truco la interceptó y cayó encima de él y Bolita al suelo, con tan mala pata que se topó de bruces con el comedero de Truco y el succulento estofado de buey que había en su interior. El

cuadro era dantesco. El perro corriendo por la sala aullando como un poseso con Bolita encima que había conseguido subirse de nuevo; Tash en posición manta raya mirando con sus ojos amarillos como dos soles; Rosita con el culo al aire y la cara con su máscara marronácea y espesa, como si estuviera en un centro de belleza de lujo pero en vez de algas del mar nutriendolé el cutis era estofado de buey de una lata de perro.

Rosita empezó a reír a carcajadas (la otra opción era llorar pero ya estaba cansada de eso) y de repente ¡ahí lo tenía! Salió corriendo para Luzbell. Márgola y ella se presentaron ante las Altas Eminencias y lo escenificaron lo más serias y elegantes que pudieron. Los Seres Mayores se partían de risa. Se escuchaba por todo Luzbell y si alguien hubiera estado detrás de la cortina mágica, lo hubiera oído también. Lloraban de risa y antes de quedarse afónicos dijeron al unísono:

—Basta, basta, ¿qué queréis? ¿qué necesitáis? —dijeron mientras se secaban las lágrimas y recuperaban la compostura.

Necesitamos dos palabras máximo que al llegar a los corazones y el alma de los mortales del Planeta Tierra les haga olvidar el mal y solo acepten la paz como compañía en sus vidas, y así eliminaremos el maleficio-conjuero del Mago del Planeta 4.

Les regalaron dos palabras tan secretas, TAN SECRETAS, que ni siquiera me permitieron transcribirlas en este cuento.

Las condensaron en ungüentos, cremas, infusiones, bolitas de colores, sonidos y bailes.

Márgola salía por la noche y volaba de comarca en comarca cantándolas y a modo de fina lluvia iba calando en los habitantes del Planeta.

Rosita por su parte las iba introduciendo en sus consultas, las metía en la cesta de la compra de los habitantes de Haimnasé cuando se paraba a conversar con ellos en el mercado y, cuando las tocaban, a través de la piel llegaban a sus lágrimas de risa o de llanto

que luego, al evaporarse, caían de nuevo en los campos de lechugas y tomates y al comerlas, masticaban estas dos palabras secretas y quedaban prendidas para siempre en sus corazones.

Poco a poco y paso a paso, como si de un nuevo amanecer se tratara, el gris monótono que lo cubría todo fue desapareciendo, dando lugar a luces y sombras, al rojo, al violeta, al azul y al verde, las gentes empezaron a confiar en un nuevo día, más luminoso, más bello y más fuerte.

El Mago del Planeta 4 no tenía nada que hacer, ningún arma para neutralizar estas dos poderosas palabras que aniquilaron su maleficio-conjuro y restauraron la Paz en el mundo.

Rosita siguió guardando su secreto del mundo de Luzbell, ahora más alegre y confiada, quedando con su amiga Márgola para merendar y seguir descubriendo cosas nuevas, el mundo era infinito y lleno de colores.

*A mi abuelo Juan,
que tu último vuelo
te lleve de vuelta a casa.
Te quiero.*

EL NIÑO QUE QUERÍA VOLAR

MARÍA JOSÉ PEÑALVER PUERTA

Sucedió una mañana de primavera en un día claro y soleado. El aire se paró, el reloj empezó a marcar los segundos como si fueran horas, no se movía ni una rama ni se escuchaba a un solo pájaro.

De repente, un grito: «¡Ahhhhhhh!». Isabel rompió aguas en medio de la escalera. A su grito acudieron las mujeres, la rodearon y la sujetaron con sus manos y piernas; sus respiraciones fueron una sola y Juan nació allí mismo, así de improvisto.

—¡Que bonico! —gritaban las vecinas. Era sonrosado y rollizo, parecía un pan recién hecho.

Juan creció sonriente y alegre y siempre iba mirando al cielo. Le apasionaban los pájaros, se preguntaba cómo sería eso de volar, lo soñaba mil veces. Se imaginaba a sí mismo sobrevolando su casa, la plaza, la iglesia... alejándose hasta ver pequeñas las huertas, el río, las vías del tren...

Tenían en casa un palomar y Juan cuidaba con mimo de las palomas. Les cantaba, las mecía, las alimentaba y les susurraba con dulzura palabras de futuro y esperanza.

Un día cambió el aire y ya todo se tornó distinto. Los mayores hablaban de guerra. Llamaron a sus hermanos al frente, cada uno luchaba en un bando diferente. El miedo estaba presente en las

tertulias vecinales, en las comidas y las cenas, en el costurero de la abuela y hasta encima de la mesa de la cocina. Pero Juan era pequeño y no entendía lo que pasaba, los mayores estaban serios pero él solo tenía tiempo para sus palomas.

Un día se escapó Blanca, su paloma favorita. Era blanca haciendo honor a su nombre y tenía una pequeña mancha gris debajo del ala izquierda. Juan la quería por encima de todas las cosas e, incluso, las personas así que salió a buscarla.

Empezó por la plaza, llegó a la iglesia, subió al campanario pues allí creyó verla, pero nada. Bajó por las empinadas cuestas, llegó a las vías del tren temeroso de encontrarla allí espachurrada... nada, que no estaba. Siguió andando y andando preguntando a cada persona que encontraba. Atravesó el río y preguntó a las ranas. Pasó un rebaño de cabras murcianas y Juan las interrogó a todas y cada una y al pastor que las guiaba pero nadie sabía nada.

El pastor invitó a Juan a sentarse y compartir su merienda y le ofreció contarle un cuento para calmar su pena.

Al terminar el cuento el pastor rebuscó en su zurrón por si había algo que pudiese ayudar a Juan y sacó un haba seca, un trozo de pan duro, una corteza de queso y una piedra.

Juan tomó la piedra y al darle el sol del atardecer esta brilló y un rayo salió de ella señalando en dirección a la montaña. Juan se despidió del pastor y las cabras y emprendió el rumbo hacia donde había señalado la piedra.

Cayó la noche y Juan estaba muy cansado así que se refugió en una cueva dispuesto a descansar para seguir buscando a su paloma al día siguiente.

Juan, como siempre, soñó que volaba pero esta vez era diferente. Era como si él fuese su paloma y viese el mundo a través de los ojos de ella. Vio valles y montañas, voló alto y lejos, tan lejos que llegó al mar. Sobrevoló islas con volcanes, desiertos y selvas. Vio cómo vivían las personas en otras partes

del planeta. Visitó otros palomares y se dejó cuidar por niños que hablaban otras lenguas.

Cuando despertó, maravillado, oyó la voz de su madre que parecía salir de lo profundo de la cueva:

—Juan vuelve a casa, deja libre a tu paloma pues ya tienes lo que buscabas. Soñabas con volar y así lo has hecho esta noche. Ya nadie te quitará lo que has visto y vivido. ¡Vuelve niño precioso! ¡Vuelve y cuéntanos! ¡Haznos volar a nosotros!

Y Juan, con ayuda de su piedra, encontró el camino de vuelta. Cuando llegó sus hermanos habían vuelto también a casa. La guerra había terminado y todos se abrazaban y lloraban de alegría. Esa noche junto al fuego Juan contaba sus peripecias y todos escuchaban con ternura al niño Juan y sus pájaros en la cabeza.

FIN

Si quieres conocer el cuento que le contó el pastor a Juan ve al Anexo 2, allí podrás leerlo, o imaginarte que te lo cuenta a ti.

DOS HERMANOS

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ MELGARES

Erase una vez, en un tiempo muy, muy antiguo, en un reino gobernado por un imponente rey, la historia de dos hermanos gemelos que fueron separados al nacer. Nacieron bajo una maldición. El rey, con la ayuda de una bruja, hechizó a uno de los dos hermanos para que no tuviera forma humana. Lo convirtió en un hermoso caballo blanco y se lo quedó dentro de su castillo.

El otro hermano, que había crecido con forma humana, siempre era el más bajito de su edad. Y también era muy, muy valiente. Tan valiente que se propuso salvar a su hermano del rey y deshacer la maldición. Se esforzaba, aunque no era muy buen luchador. Podía vencer a algún animalillo con su espada de madera, pero siempre perdía con los niños de su edad.

Un día, habiendo pedido un enfrentamiento caminando por el bosque, se encontró con un caballero tremendamente destaralado y viejo. Parecía una lata de sardinas, en vez de un noble caballero. Tenía una armadura oxidada, una espada medio rota y un asno por caballo; la vergüenza de cualquier caballero.

—Yo te puedo enseñar a pelear. Con mi sabiduría y ayuda conseguirás vencer a todos. Incluso al temido rey —le dijo el anciano.

El niño no le creía. Lo que no sabía es que estaba ante Lord Corazón de León, el más temido e imbatible de los caballeros del reino tiempo atrás. Habiendo aceptado el reto, el niño, entrenó y entrenó durante mucho tiempo. Aprendiendo cada estocada, tanto así, que creció y se convirtió en un caballero fuerte y que ganaba todas las batallas. Pero aún no se había podido enfrentar al terrible rey ya que, según su maestro, todavía no estaba preparado para aprender el último gran golpe maestro.

El día en el que Lord Corazón de León vio preparado a su pupilo le dijo:

—Ahora es el momento. Tienes que adentrarte en el bosque y traerme un colmillo del dragón de dos cabezas y solo así sabré que estás preparado.

Así que, allá que fue el joven caballero al bosque, en búsqueda del dragón de dos cabezas.

El bosque era un lugar lleno de hadas, gnomos y otras criaturas mágicas misteriosas. Incluida la Sirena del Río, de la que había oído grandes historias. Si superabas su acertijo podías cruzar el río, de lo contrario morías ahogado.

A mitad del camino del bosque, nuestro viajero se encontró con la sirena, que le dijo:

—¿Adónde vas caballero?

—A matar al dragón de dos cabezas —le dijo el caballero.

—No podrás, solo yo sé el secreto de cómo hacerlo y debes estar preparado.

El caballero, que había aprendido mucho con su maestro, no solo a pelear, le prometió a la sirena que si le ayudaba, él le ayudaría a salir del río e ir al mar. Y la sirena, al oír esa palabra dijo:

—El mar. El mar es mi sueño. Por ir al mar te ayudaré. Debes utilizar estos polvos mágicos que dormirán al dragón. Y entonces podrás matarlo y quitarle el colmillo.

—Gracias —dijo el caballero.

Y se llevó los polvos mágicos para seguir su aventura.

Siguió así caminando y caminando hasta que pudo ver la abertura de una gran cueva:

—¡La casa del dragón!

Y, sorteando los enrevesados caminos de maleza con su espada, llegó hasta la entrada. Se veía la luz de un fuego y se oían pasos gigantes, anunciando la presencia del dragón.

Dentro de la cueva, vio que el dragón estaba cocinando a otros caballeros que habían intentado acabar con él, para comérselos. Nuestro caballero, muy inteligente, se escabulló en un descuido del dragón y le echó los polvos mágicos de la sirena en su caldero. Cuando el dragón terminó de comer, entró en un profundo sueño.

En ese momento el caballero se fue acercando, sin saber que el dragón tenía preparada una trampa que hacía mucho ruido al pisarla. Con tan mala suerte, que el caballero la pisó y se armó un escándalo tremendo. Tanto así, que el dragón se despertó y agarró al caballero. Justo cuando iba a comérselo, el caballero vio una grieta en la roca que estaba encima de las cabezas del dragón. Lanzó su espada, se metió en la grieta y ¡Pum!, cayó aplastando las cabezas del dragón. El caballero, lleno de felicidad y orgullo, cogió el diente y salió pitando de vuelta a su aldea.

Al llegar a la casa de Lord Corazón de León, su sorpresa fue enorme, porque su maestro se había transformado en una enorme mariposa. Esta mariposa tenía el aspecto de haber vivido muchas vidas, de albergar una sabiduría tal que tranquilizaba.

—Ahora sí, ya estás listo para ir a ver al rey —le dijo—. No te voy a enseñar nada, porque todo lo has aprendido ya en tu camino. Ahora ve y cumple tu destino. A lo que el caballero, con una mezcla de emociones, se fue al castillo del rey.

Cuando iba llegando, tratando de sentir el amor hacia su hermano para amortiguar el miedo, vio el castillo. No había vis-

to nada igual. El castillo era una mole llena de portones, muros, torres y un foso. El caballero, gracias a la gran enseñanza de su maestro, fue sorteando las dificultades una a una. Hasta llegar a la antesala de la sala del rey. Conocida como «La sala de los espejos». Era una sala que el rey había creado para que nadie pudiese llegar a donde él se encontraba. Era una sala con espejos en todas direcciones. Hasta el infinito. El caballero corría y corría sin poder encontrar la salida. De repente, en medio de todo el agobio, le cayó una idea como un rayo que lo partió en dos.

—Me tengo que mirar directamente en un espejo —pensó.

Y entonces, al mirarse, el espejo se convirtió en una puerta abierta y pudo salir de la sala para llegar a la sala del rey.

Cuando entró, vio la habitación más fría y sin alma que había conocido nunca. Parecía una cárcel. Todo lleno de muebles enormes, viejos y sucios. Al final de la sala, había un trono. Alzó la vista y vio también un precioso caballo blanco, que al instante reconoció como su hermano.

—¡Hermano! —gritó.

—JAJAJAJA, es mío —dijo una voz con una risa malvada.

Y una silueta apareció en el trono.

—El rey —pensó el caballero.

—¡Soy el rey!

A lo que comenzaron una lucha con sus espadas como nadie nunca había visto, parecía una danza magistral. Peleaban y peleaban. Cuando ambos estaban ya exhaustos, en ese preciso instante, se vio flotar en el aire una pequeña mariposa entre ambas espadas.

—Mi maestro —pensó el caballero.

Y automáticamente recordó todos sus viajes, enseñanzas, todas sus luchas, victoria y derrotas y supo qué hacer. Le dijo al rey:

—Te voy a entregar algo que nunca podrás tener porque siempre has estado recluido en este castillo: Un colmillo de dragón. Símbolo de todas mis aventuras y aprendizajes.

El rey, al reconocer su profunda soledad, estalló en un llanto y le dijo:

—Tienes razón. Quédate mi reino, sé feliz con tu hermano. Yo saldré a ver el mundo como siempre he querido.

Y deshizo el hechizo. Los hermanos se reencontraron y reinaron con sabiduría, ayudando incluso a la sirena a volver al mar. Y el rey salió a conocer tierras extrañas como siempre quiso y también fue feliz viviendo aventuras.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Per a Marc.
Per a Martí.

LAS GAFAS

MARÍA AMPARO FERNÁNDEZ DARÒS

Erased una vez una ciudad que estaba en el fondo del mar. Nadie sabía de su existencia hasta que María, que todas las mañanas daba un paseo por la playa, encontró unas gafas de bucear muy viejas y las recogió.

Al día siguiente, en su paseo matutino, volvió a encontrar otras gafas, pero estas eran de nadar y pequeñas. Le pareció gracioso y se las llevó a casa. En los siguientes días, cuando empezaba el paseo, pensaba si también ese día el mar le sorprendería con un regalito. Aunque no siempre encontraba gafas, sí se hizo con una buena colección.

Una tarde que estaba tomando el fresco pensó:

—¿Y si hubiera una ciudad en el fondo del mar y todos sus habitantes usaran gafas para ver en un medio hostil?

Rechazó de inmediato el pensamiento pero... a la semana siguiente cuando volvía de su paseo, se encontró otras e instintivamente, se las puso. Y ¡¡oh, sorpresa!!!, vio unos seres fluorescentes, de color amarillo, que vivían en unas burbujas transparentes y que, cuando salían de casa, se ponían gafas para pasear, para ir a las tiendas, al parque, o a la piscina... Sus cuerpos iluminaban el camino y las gafas les permitían ver.

Muy sorprendida se quitó las gafas y no sabía qué pensar ni

hacia dónde mirar. Era alucinante lo que acababa de pasar. ¡¡No estábamos solos!!

Pasó el tiempo y, otro día al salir de darse un baño, se puso sus gafas de sol y... ¡¡ahí estaban otra vez!! Se encontró con un hombrecillo pequeño, de color verde esmeralda, con un cuello largo y una cabeza grande, con un ojo redondo y el otro cuadrado y que fumaba en pipa. Se movía apresuradamente de aquí para allá y mantenía un soliloquio:

—... No sé cómo he llegado a este punto, no sé cómo continuar, no sé cómo continuar, estoy atascado, estoy atascado, atascado, me gustaría salir de aquí, y sé que depende de mí. ¿Por dónde voy a salir?, no sé, no sé, no sé, sé, sé, sé, ¿qué sé?, ¿qué sé?, ¿qué?, no estoy seguro, no estoy seguro. Da igual si no sé, si no estoy seguro, si no lo consigo: tengo que salir de aquí, de aquí, de aquí...

Y, de repente, desapareció.

María se quedó quieta un rato, oteó el horizonte y, muy despacio, se quitó las gafas para no romper la magia del momento. Pensó que era muy afortunada por tener la posibilidad de ver a seres tan extraordinarios a través de las gafas que el mar le había regalado.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comer nos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner 'alergia', que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...». Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO 1

EJERCICIO ANIMALES

En el proceso del taller se realizaron numerosos ejercicios para ir entrenando la mirada de la escritura hacia diferentes parajes.

Uno de estos ejercicios consistía en elegir tres cartas de un mazo, todas de animales. El animal de la primera carta sería, simbólicamente, el pasado; la segunda el presente y la tercera el futuro. Se trataba de escribir un breve relato donde aparecieran los tres animales, en ese orden, con la coherencia de una historia. Cuando ya estaba escrita elegían una cuarta carta, ese animal no representaba ningún tiempo, representa lo que no sabes que llevas contigo. “Lo que nadie sabe es que también estaba allí...”.

Aquí puedes leer alguno de ellos:

VICENTE COVES MORA

Fauna vital

Había una vez un águila que volaba oteando el paisaje con su amplio campo de visión, al tiempo que surcaba el cielo con el majestuoso despliegue de sus alas. Los desafíos de la supervivencia le llevaron, no obstante, a bajar a la tierra para enfrentarse al presuntuoso león, que amenazaba con devorar a la pobre gacela malherida. Así que, convertido ahora en tigre, nuestro amigo peleó y destronó al león de su inmerecido trono selvático.

Con todo y con eso, nuestro amigo no quedó satisfecho. Pues aquella victoria le concedió el regalo envenenado de tener que empujar consigo una pesada bola, cual escarabajo pelotero. Aunque, bien mirado, ese trabajo de arrastre le ofreció una capacidad de sacrificio y perseverancia dignas de consideración para seguir su camino hacia los nuevos desafíos de la vida.

Lo que nadie sabe es que también estaba allí la serpiente, que siempre ha permanecido medrando en la sombra con sigilo y que, con su astucia y capacidad de adaptación al cambio, puede ayudar a nuestro amigo a salir airoso de cualquier contratiempo imprevisto.

AGRADECIMIENTO

Marga López

En un lugar habitado por animales, había una vez un delfín que nadaba sin ninguna preocupación, ya que en su territorio acuoso abundaba la comida, el ejercicio matinal y siempre había alguien que le decía cuándo dormir y cuándo debía saltar atravesando un aro.

Un día, mientras el delfín nadaba tranquilo un rato panza arriba y otro panza abajo, escuchó el barrido atronador del elefante, que era quien tenía la importante misión de dar la señal de alarma e informar de los sucesos que ocurrían allí.

El delfín, que además de bailarín era políglota, entendió perfectamente el mensaje: el búfalo había perdido uno de sus imponentes cuernos, y después de buscarlo por aquí y por allá, no lo encontraba por ningún sitio, así que por favor, todos a buscar el cuerno.

El delfín se puso rápidamente a la tarea y buceó recorriendo de manera minuciosa todos los rincones de su territorio buscando el maravilloso cuerno.

Buceó sin descanso. Quería ayudar al búfalo, pero también se moría de ganas de ver cómo era de cerca un cuerno tan imponente.

Cuando ya estaba dando la segunda vuelta, el elefante gritó avisando que el cuerno había aparecido, dio las gracias a todo el mundo por la colaboración y entonó una canción como muestra de agradecimiento.

Al oír esto, el delfín se quedó decepcionado al no haber sido él quien encontrase el cuerno, pero también se alegró por el búfalo ya que había recuperado al fin una pertenencia tan preciada, así que se unió a la alegre canción.

Pero... ¿cómo había aparecido el cuerno?

Pues ocurrió que por allí, sin que nadie lo supiera, andaba una pequeña araña, que zurciendo y zurciendo, había encontrado el cuerno escondido tras un arbusto. Tras el hallazgo, la araña había tejido con destreza unas bonitas cintas de colores para decorarlo, y así adornado, se lo había llevado a su dueño.

El búfalo muy contento, además de darle las gracias a la araña como se merecía, acicalado con sus nuevas cintas de colores, la invitó a dar un paseo por los alrededores y, juntos, disfrutaron esa tarde de una preciosa puesta de sol.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ MELGARES

Érase una vez, en una tierra muy lejana y poco poblada, en una jungla verde y gris, una gran pantera negra imponente, con una mirada que te helaba la sangre y de la que todos los animales solían huir. Mientras la pantera recorría la jungla con la cabeza muy levantada se dio cuenta de que un animal no le tenía miedo. Este animal era un rapidísimo halcón que sobrevolaba la jungla, por lo tanto, no tenía miedo de la gran pantera negra.

Este halcón sobrevivía cazando pequeños mamíferos y vivía solitario y sin dejar rastro, pero a la vez, echaba de menos una amistad. Cuando un día cazó un pequeño ratón, se dio cuenta de que

al morir el ratón, algo se acercaba a ese cuerpo pestilente. Era una pequeña mosca, que lo miraba fijamente y le preguntaba:

—¿Qué queda aún cuando este ratón muere? ¿Qué permanece?
Y la mosca se iba alejando con un aire de simplicidad.

Al final, ¿quién es realmente más poderoso? ¿La pantera, el halcón, la mosca?

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

MARÍA JOSÉ PEÑALVER PUERTA

En un mar en calma

Estaba la ballena muy tranquila, comiendo plancton riquísimo del Mar del Norte. Nadaba con gracia, con calma, ligera y confiada. Rezumaba fortaleza y seguridad; cuando de repente llegó un salmón muy ajetreado y resoplando. Venía de desovar río arriba y ya no le quedaban casi fuerzas.

La ballena le preguntó por su viaje y este contó una historia de coraje y tenacidad, cómo luchó contra viento y marea para llevar a cabo su misión y también le contó las cosas increíbles que en su viaje encontró.

En la parte alta del río el salmón conoció a un jaguar, al principio se asustó pensando que se lo comería de un bocado pero el jaguar ya había merendado así que estaba dispuesto también a contarle su vida al salmón y se dieron cuenta de que en realidad eran muy parecidos. Ambos tenían que demostrar valentía, fortaleza y ser capaces de afrontar los cambios y situaciones que se presentan en un mundo tan grande, vasto y lleno de aventuras.

La ballena escuchaba maravillada pero decidió que prefería seguir con su tranquila vida comiendo plancton con solo abrir su gran boca, pues eso de vivir aventuras parecía muy cansado y estresante.

Lo que nadie sabe es que también estaba por allí el pequeño pez tropical escuchando y observando la escena detrás de una roca,

sin intervenir, aprendiendo de cada palabra y maravillándose de lo hermosa que es la vida en todas sus formas y todo lo que en ella acontece, sin juzgar. Amando infinitamente y desde ese mismo instante, tanto a la ballena, como al salmón, como al jaguar.

EJERCICIO ACABA EL RELATO

Otro ejercicio consistía en continuar y acabar el relato propuesto. El texto dado está escrito en cursiva.

VICENTE COVES MORA

Bajo el mar

Llevas mucho tiempo caminando por un camino que conoces bien. Has subido colinas que te dejaron sin aliento y has cruzado valles donde quisiste quedarte para siempre. Un día, sin buscarlo, el camino termina en un acantilado. Abajo está el mar. Un mar que no habías visto nunca y que sin embargo reconoces. El sonido de las olas te dice algo que llevas toda la vida queriendo escuchar.

Y entonces... te lanzas al vacío confiando en que el mar te acogerá, amortiguando el golpe de la caída y sumergiéndote en un abrazo oceánico, donde todo está en orden y en paz. Hay un brillo con reflejos que van del azul marino al azul celeste. Bajo el mar no necesitas respirar y no hay ningún esfuerzo que hacer. Has llegado a tu destino. Lo profundo no ahoga. Es una travesía donde el cielo está al final de la honda oscuridad.

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ MELGARES

Y entonces... corres por la playa con los brazos abiertos y lleno de alegría. Las rocas, la espuma, el sol... Todo parece lleno de un brillo extraño que te hace feliz. Pero se acercan las nubes. Y tú no

quieres las nubes. Y las maldices. Y, aun así, empieza a llover. Tú no entiendes por qué, en un día tan bonito como hoy, empieza a llover.

La tristeza se apodera de ti y, aunque remas en contra, el sol parece un recuerdo lejano. Y ya no recuerdas ni cuándo empezó a llover. El agua te cae por el cuerpo y la cara, y no sabes hacer más que rendirte a esa tristeza que te inunda porque la lluvia lo está arrasando todo y tú solo quieres que salga el sol de nuevo.

ANEXO 2

EL ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO

María José Peñalver Puerta

Había una vez en un reino muy lejano en un tiempo muy pasado, una princesa que se aburría mucho, pero mucho, mucho. No se entretenía con casi nada. Había leído todos los cuentos de la biblioteca real, los pasillos estaban llenos de cuadros pintados por ella, hasta aprendió a amasar pan y hacer bizcochos. Los bufones no sabían qué broma hacer y los trovadores qué canción componer. Dominaba todos los deportes, ganaba a todos con la espada, la lanza y el tiro con arco y flechas...

Se aburría tanto que le dolía la mandíbula de bostezar, tanto, tanto, que hasta le dio por filosofar:

—¿Acaso no será este mi lugar?

Desde luego el reino ya no tenía secretos ni estímulos para la princesa así que decidió salir de viaje a buscar un lugar diferente. Un sitio donde la vida fuese algo más que repetir rutinas y costumbres y cada día fuese único y especial.

Había oído hablar de un sabio ermitaño que vivía en un bosque cercano. Por lo visto este sabio siempre tenía una palabra o una idea oportuna para ayudar a quien se atreviese a atravesar el bosque y llegar a su guarida sanos y salvos, pues dicho bosque estaba lleno de peligros.

La princesa ni corta ni perezosa ensilló a su caballo, se calzó su armadura, llenó las alforjas de víveres, se despidió de sus

preocupados padres y hermanos y emprendió el viaje sintiéndose, por primera vez en mucho tiempo, motivada y rebosante de ilusión.

Siguió el camino que llevaba al bosque hasta que encontró una bifurcación. Por un lado un camino despejado y luminoso y por el otro un camino tupido, húmedo y tenebroso. Decidió que el segundo sería el más adecuado pues estaría lleno de pruebas que superar y sería un reto mayor y más entretenido.

Espoleó a su caballo y se lanzó al galope con tan mala suerte que el caballo tropezó con una piedra, se asustó y lanzó a la princesa de su lomo; se lanzó a la carrera llevándose todo lo que la princesa había preparado para el viaje. Desde luego este iba a ser un viaje interesante.

La princesa comenzó a caminar y ya sola en el bosque empezó a escuchar ruidos inquietantes y, por primera vez en su vida, sintió miedo y fue consciente del peligro que la acechaba.

Caminaba y caminaba, pasaban los días y las noches. Aprendió a buscar setas, bayas y raíces comestibles observando a los animales y se refugiaba en los huecos de los grandes árboles.

Cuando ya creía que nunca encontraría al ermitaño vio salir un hilillo de humo entre la maleza y unas campanillas colgando de una rama. Se acercó y encontró una pequeña puerta. Llamó y le abrió un hombre menudo, enjuto y desaliñado que tenía una mirada profunda y dulce y supo al instante que era el famoso sabio.

—Muchacha audaz, ¿en qué te puedo ayudar?

Ella le contó su problema y le dijo que estaba buscando su lugar y no sabía por dónde empezar. El sabio entró en su guarida y rebuscó entre montañas de trastos y cosas ruidosas y viejas.

—¡Ah! ¡Aquí está! —exclamó portando en la mano una ramita con hojas—. Esta rama es de un árbol milenario. Un árbol que existe desde que existe el mundo. Sabe todo lo que pasa en

el universo. Es el árbol del conocimiento. Si logras encontrarlo debes acercarte a su tronco y preguntar entre susurros aquello que deseas conocer, después debes pegar la oreja a su corteza y escuchar atentamente la respuesta.

—Bufffff.

La princesa suspiró decepcionada, esperaba que el sabio le diese directamente la respuesta que buscaba. Se sentía agotada. Ya no sabía lo que era el aburrimiento al estar siempre alerta ocupada en sobrevivir.

Resignada cogió la ramita del árbol del conocimiento, le dio las gracias al sabio y emprendió de nuevo el viaje. Esta vez además de alimento y cobijo debía ir mirando los árboles uno por uno para buscar el dichoso árbol del conocimiento.

Así pues siguieron pasando días, semanas y meses y siguió la princesa recorriendo caminos. Varias veces estuvo tentada de abandonar y volver a su reino pero había llegado muy lejos y sentía que verdaderamente necesitaba encontrar su lugar.

Un día al borde de la desesperación y llorando su desgracia encontró una hoja en el suelo igual a las de la rama del ermitaño. Luego vio otra, otra y otra más hasta que levantó la mirada y ahí estaba, el árbol del conocimiento. Era enorme y majestuoso.

Respiró profundamente, pensó bien cómo formular su pregunta, se acercó al árbol y susurró:

—Venerable y amado árbol, ¿dónde está mi lugar en el mundo?

Acto seguido pegó la oreja y escuchó. La respuesta se hizo esperar unos segundos pues el árbol desde luego no tenía ninguna prisa:

—Cuando estés en el lugar que te corresponde experimentarás un sentimiento profundo de paz interior.

La princesa rompió a llorar. Sintió mucha impotencia y rabia y desconsuelo. Le pareció otra respuesta ambigua. Tendría

que seguir buscando y ya no le quedaban fuerzas. Se tiró al suelo a los pies del árbol y lloró y lloró durante horas hasta que cayó exhausta y se durmió. Soñó con su hogar, con sus sobrinos y sus risas inocentes, con sus amigas, su cama y una ducha caliente.

Cuando despertó, determinó emprender el camino de vuelta a su reino, dolorida y frustrada pero con la ilusión del reencuentro con los suyos.

Llegó por fin a su reino y la recibieron con alegría pero también con cierto rencor por haber estado fuera tanto tiempo. Sentían que la princesa rechazaba su forma de vivir y sus costumbres. La princesa entendió que habían pasado muchas cosas desde que se fue y que ni ella ni los demás eran ya los mismos de antes de su viaje.

Se quedó en el reino pero decidió crear su propio hogar para poder ser ella misma respetando también a los demás, yéndose a vivir a su propia casa.

Cuando le entregaron la llave y abrió la puerta de su nueva casa respiró y experimentó un nuevo sentimiento... así que eso era «La Paz». **Había encontrado su lugar.**

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

ANEXO 3

El curso se realiza todo el día del sábado y domingo por la mañana. La comida del sábado la hacemos juntos en el mismo lugar donde se hace el curso. Compartimos comida, casualidades de la vida, risas y alguna memoria del pasado. En esta ocasión María José Peñalver nos trajo un delicado plato de MUHAMMARA, una crema siria de pimiento. Por si te atreves a prepararla aquí tienes la receta facilitada por María José:

- 230 gr. de pimiento rojo asado
- 1 diente de ajo
- 150 g de frutos secos (nueces, almendras, anacardos)
- Una cucharada sopera de miel
- Zumo de medio limón
- Cayena molida, 1/2 cucharadita
- Pimentón dulce o picante 1 cucharadita
- Comino molido, 1 cucharadita
- Aceite de oliva virgen extra, un chorrico a ojo.
- Sal
- Pimienta negra molida
- Tomillo fresco (yo se lo pongo seco).

Todo esto lo pones para triturar (menos el aceite) y cuando tenga una buena textura (que te guste a ti, vamos) le añades poco a poco el aceite mientras sigues batiendo lentamente hasta que lo incorpore todo.

Busca un buen lugar para disfrutar de la lectura de los cuentos, unos trozos de pan tostado, la bebida que te guste y tu Muhammara.... y aleja tu teléfono móvil. Ya nos contarás.

Esta primera edición de *El reino del silencio absoluto y otros cuentos* se acabó de imprimir y encuadernar en mayo de 2026.

El taller *Érase tu vez* se imparte regularmente. Si tienes interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde se realiza en la página web

www.espacioparacontar.com

En este volumen vigésimo segundo se han recogido los cuentos escritos por: Marga López, Vicente Coves Mora, Mónica Álvarez Carreño, María José Peñalver Puerta, José Antonio Martínez Melgares, y María Amparo Fernández Daròs.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 14 y 15 de marzo de 2026 en La Casa de la Piedra. Murcia.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 979-13-991314-3-7



979-13-991314-3-7